



Ha aparecido el libro "Amate l'Architettura", del arquitecto Gio Ponti, que constituye una ampliación de "L'Architettura e un cristallo", publicado hace años. Como dice su autor, está dedicado "a los que sueñan con la arquitectura". La poesía que Ponti sabe poner en sus ideas sobre la arquitectura engarzada en el armonioso idioma italiano hacen que este pequeño libro sea un regalo para todos los que se apasionan o simplemente se interesan por la arquitectura.

El lector podrá juzgar con este texto, que aquí se reproduce, del capítulo sobre "Arquitectura y Religión".

## ARQUITECTURA, RELIGION

Como Cristo, y como el hombre por su origen divino, la Iglesia es divina y humana. En su misión humana, ¡cuántas obras supremas de civilización, cuántas obras supremas de arte y de arquitectura! El arte se identificó directamente, en ciertas épocas, con la misma religión; era todo sagrado, nada profano.

No existen todavía obras, con otra inspiración, que hayan superado por su altura y poder las de la inspiración sagrada. Pensad solamente en Miguel Angel, en Tintoretto, en las catedrales.

La Iglesia regaló civilización y en sus mismos edificios regaló a todos, aun a los más pobres, arquitectura (y ¡cuál!), música (y ¡cuál!), pintura (y ¡cuál!), escultura (y ¡cuál!) Y ¿qué música existe hoy, qué pintura, qué arquitectura, qué escultura? Esta de pasta pintada melindrosamente, si es que a eso se puede llamar escultura.

Príncipes de la Iglesia ¡jamad la arquitectura! ¡La habéis amado tanto en el pasado!... En ella se contienen, después de las obras de santidad, las supremas obras humanas por gloria del Creador.

### (APOLOGO)

Refiere Pedro Trudinger que conoció "en Calabria, en Poppolo, país, cuando yo estuve, muy primitivo, donde las llaves eran de madera y allí vi a los aldeanos blanquear las hermosas pinturas de su iglesia: ¿Qué hacéis?—grité—. ¿No sabéis el valor extraordinario que estáis destruyendo? Para impedir que continuasen les amenacé con recurrir a las autoridades; no me hicieron caso; me juraron tranquilos que querían sencillamente rehacer aquellas pinturas y que sabrían hacerlo dejándolas como antes. ¿Ellos? ¿Como antes? Ellos, ¿que no eran pintores? Estaba desesperado; pero me decían que no me "inquietase", con tanta seguridad, que no pude por menos de dejarles hacer.

Las rehicieron, ellos que eran incultos y que no eran ni pintores, ni "artistas" He aquí la maravillosa historia.

(Esto parece maravilloso y tal vez lo sea, pero no lo es si se piensa que es un acto de devoción;

la devoción, la religiosidad de estos aldeanos, era la misma de los antiguos que pintaron la iglesia; por consiguiente, el resultado de belleza debía ser igual.)



(porque aquí no entra el arte, entra la religión; la religión pertenece a lo maravilloso, y que ella haga hacer cosas maravillosas, no es maravilloso, sino natural.)

### (OTRO APOLOGO)

—Monseñor, tengo una muy alta veneración por mi padre; él me ha formado, me ha guiado, iluminado, inspirado; era un espíritu extraordinario (y todavía es mi guía): he querido en su honor hacer una estatua suya; ¿quiere verla?

—...¿cómo? ¿en pasta y en colores? ¿con la barba y los labios, el rostro, los ojos y los cabellos en color? Y ¿qué colores? ¡Y pasta! es un poco más pequeña que la realidad. Yo creía que usted me mostraría una estatua de bronce, para honrarlo en verdad. Y ¿esto es honrar a su padre? Y ¿con esa cara azucarada?

—es verdad que no existen figuras escultóricas de pasta pintada de los Pontífices o de los grandes hombres de la Historia, del Arte y de la Ciencia (excepto—como un hecho de crónica y no de honor—en el Museo Grévin y en el de Madame Toussaud), porque parecería irrespetuoso, ni tampoco los antiguos las hubiesen hecho para honrar a Jesucristo, a la Virgen y a los Santos, sino que los honraban con imágenes de sus más grandes e ilustres artistas; pero hoy ¿no vemos acaso imágenes de pasta pintada sobre los altares?; ¿no están hechas de esta materia las figuras sagradas?

### ESTANDO EN METANOPOLIS

Era en ese nuevo “burgo del metano” que surge en San Donato de Milán. Entramos en su grande y amplia iglesia de Bacciocchi, aún sin terminar, vacía, con su altar aislado, sencillo, y detrás la pared del fondo, limpia también sin siquiera la cruz.

La inmensa iglesia estaba desierta; una sola persona había en medio de aquel silencio, una jovencita en oración, de pie, inmóvil, mirando al altar sin adornos. ¿Qué pena era la suya? ¿cuál era su oración? ¿O no era el símbolo de la pena de existir, una de las penas de la existencia y del pensamiento, la devoción a aquello que es mucho más grande que nosotros?

Una ciudad, una sociedad humana no es perfecta si no ofrece un lugar para el consuelo de la oración, para el secreto de la esperanza, para el coloquio con nuestra conciencia, que es el coloquio con Dios: no es perfecta si el arquitecto no ha creado para ella un lugar donde aislarse, donde elevar aquellos pensamientos que consagran el hecho altísimo de existir como seres humanos.

### LA ARQUITECTURA RELIGIOSA

Un pensamiento me acompaña siempre: la arquitectura religiosa no es una cuestión de arquitectura, sino de religión; lo pensé, después de haber visto algunas antiguas iglesias del Brasil, no lejos de Sao Paulo, esenciales.

Lo pensé después de haber visto allí aquella cosa esencial, verdadera lección de arquitectura, que es el Sitio del Padre San Ignacio: en la capilla una puerta llena de agujeros, el sacerdote por un lado y el pecador por el otro; he aquí el confesonario: esencialidad, la arquitectura elevada a religión pura.

Pensé esto de nuevo cuando vi Nuestra Señora de los Pobres, en París, y experimenté una profunda emoción (religiosa, no arquitectónica): me turbé en estos pensamientos cuando medité en las obras de Lourdes y en los errores en que los arquitectos podían incurrir,



me turbé con estos pensamientos viendo en las revistas (y en la realidad) algunas "iglesias modernas", iglesias sofisticadas, e iglesias "pinocho". ¿eran la esencia de una religión? en las partes que eran estructuralmente "interesantes" ¿no había tentado el diablo al espíritu del Arquitecto?

(¿no se había apoderado de él haciéndole concebir la iglesia como una ambición de artista, o peor aún como un experimento? Y ¿no había esto contaminado también a los eclesiásticos que incurren en lo mismo, atrayéndolos a estas aventuras no religiosas?)

San Francisco, religioso puro, ¿no había igualmente encontrado en la iglesia franciscana, gran sala rectangular, lo esencial para la construcción religiosa? pensó que a Dios se le puede (más bien se le *debe*) rogar y obedecer en todas partes; sin embargo, con su picardía práctica, pensó que no se le podía rogar al mismo tiempo que soplaban el viento, o llovía, o hacía frío, si se veía pasar a la gente, o se oían ruidos: entonces cuatro muros y un techo: la iglesia franciscana, la iglesia esencial; en los muros, pinturas de la historia sagrada, páginas de devoción.

estos pensamientos me guiaron cuando sugerí el "no hay que hacerlo" a las religiosas de Lourdes, las cuales en la construcción de su capilla creían—equivocadamente—que se encontraban frente a "un problema de arquitectura" y que no sabían resolverlo, cuando para resolverlo era solamente necesario recurrir a una inspiración religiosa que alejase toda intromisión formalística arquitectónica.

estos pensamientos me turban mientras dibujo una capilla y una iglesia: el diablo me tienta en mis ambiciones de arquitecto, mientras que yo debería en los mismos muros, dibujados antes por mí, y dedicados a los Misterios, rogar devotamente junto con los fieles, con la gente que sufre, que pide consuelo y esperanza con el pensamiento en Dios, y que pide perdón. ¿Seré fiel a esta idea?

Construir una iglesia es algo así como reconstruir la religión, restituirla a su esencia.

es un asunto en el que lo religioso prevalece sobre lo arquitectónico (de otro modo, ¿qué iglesia sería? ¿Dedicada a qué religión? ¿A la de la Arquitectura que no es una religión? los confesonarios adornados de volutas, nubes, rayos, ángeles volantes, o de otras cosas elegantes, ¿no son heréticos? ¿Qué tienen todas esas cosas que ver con el hecho dramático de confesarnos a nosotros mismos confesándonos a un Sacerdote?)

el arte, expresión suprema del hombre, puede honrar a Dios, pero no pertenece a la religión: las imágenes de pasta de Jesús, María y los Santos, no honran al arte ni honran a Dios; por esta razón no las queremos.

la arquitectura de una iglesia es una cuestión de religión y no de arquitectura, ni siquiera lo es de liturgia, porque en la liturgia se encuentran los precedentes de todas las diversas interpretaciones litúrgicas; esto es todo.

la religión es indiferente a la Arquitectura, la religión católica se ha instalado en los templos paganos, la religión musulmana en los templos cristianos.

la religión no es indiferente, por el contrario, a aquellas iglesias que inspiradas en su esencia, expresan su contenido divino, la esencia suprema en la "divinidad" de nuestro milagro de nacer y morir, del milagro de conocer, de lo sagrado de acertar en nuestra existencia y de contemplarla en nuestra conciencia.



Inclinado a considerar la arquitectura religiosa como un problema de religión y no de arquitectura, separándolo de toda clase de recursos académicos o escolásticos o profesionalmente (es decir, profanamente) artísticos, estaba personalmente prevenido frente a Le Corbusier, arquitecto de una iglesia. Debo con alegría honesta consignar que especialmente el interior, bien que nuevo y diverso, es iglesia, iglesia eterna y llena de emoción religiosa, con un efecto de fascinación directa y poderosa, un encanto inspirado, conmovedor, que obra con severas persuasiones. La luz interior, bellísima y variada; el espesor de los muros, la solemne protección de la cubierta, la dimensión de los volúmenes internos, sus condiciones acústicas, la elementalidad de los materiales, la absoluta arquitectonicidad (no en sentido tradicional, sino en el de la ausencia de todo elemento decorativista) y la gran severidad viril, es decir, profundamente monacal, del conjunto, aquel profundo silencio en donde está precisamente el canto puro de la arquitectura; de todo ello es la expresión. Una arquitectura donde está la "gracia" religiosa y no la graciosidad de algunas iglesias modernas: éste es mi sentir.

Nada sabemos con precisión, pero muchas cosas intuimos de su espíritu, del de Le Corbusier, en sus relaciones más destacadas con el catolicismo; más, se demuestra aquí cómo una inteligencia soberana puede interpretar profundamente con los mismos valores universales de la mente humana, aún el espíritu religioso; y tal vez con un respeto y una idea más profunda que los devotos en su exagerada familiaridad con los santos. Dos frases del discurso de Le Corbusier en el acto de entrega del Santuario al obispo de Besançon, nos iluminan con respecto a su pensamiento: "He querido crear un lugar de silencio, de oración, de paz, de alegría interior."

"Al construir esta capilla, el sentimiento de lo sagrado es lo que anima nuestro esfuerzo. Unas cosas son sagradas. Otras no lo son, sean o no religiosas."

Este lugar sagrado, este Santuario, esta iglesia esencialmente religiosa entre todas las iglesias modernas que conozco, obedece a una esencialidad religiosa, no a la liturgia de las gradas: el altar está más bajo que el suelo de la iglesia. En ella, como en Nuestra Señora de los Pobres, de París, una cruz al tamaño del hombre: dice Le Corbusier "la cruz verdadera del suplicio".

(Así haremos también nosotros. La cruz es como una horca. Las cruces barrocas adornadas con joyas y alhajas son verdadera bagatelas: ¿pondríais joyas en una horca? De un símbolo terrible, de suplicio y de humillación—elevación, de un tremendo episodio que la Humanidad, que suele olvidar todos los horrores—, no ha olvidado jamás, el arte ha hecho una "cosa hermosa", una "cosa elegante", un símbolo abstracto, sin tragedia.

Por esto, no se trata de un problema de arte, sino de un problema exclusivamente religioso, y es el arte el que debe ceder el paso: *vade retro!*

Matisse, en Vence, se limitó a los símbolos puramente gráficos; si hubiese pintado figuras, habría obrado al modo de Matisse; Matisse le habría cogido la mano; en la religión no existe un Cristo "matisse", existe un Cristo creído; lo que hizo Matisse al no obrar como Matisse es profundamente digno de respeto, es religioso. Matisse ha echado atrás el arte, su propio arte, donde sólo había lugar para la religión.



No es la "iglesia ordinaria" modernizada a lo Ronchamp, todos sabemos cómo se origina una arquitectura de otras arquitecturas (arquitectura según la arquitectura, que diría Cocteau); la capilla de Ronchamp no tiene su origen en ninguna otra arquitectura, y menos aún en las conocidas y referibles de Le Corbusier.

No tiene precedentes. Ronchamp es todo y solamente creación y lenguaje puro; el lenguaje común descriptivo y analítico de la arquitectura del templo no se ajusta en él ciertamente. Un vigor, mejor diré una virilidad, de esencia religiosa, la anima completamente; con una inspiración elemental de formas, casi diremos que procedían, entendedme bien, de sueños de la infancia.

## EL CELO DE TU CASA ME CONSUME

Leí hace años en una revista francesa una pregunta que no he podido olvidar nunca, tanto me conturbó. Es la siguiente: ¿podemos nosotros "arquitecturar" las iglesias?

El asunto sobre el cual se escribía era el siguiente. Las ciudades están hoy todas provistas de catedrales y de iglesias; la expresión religiosa ha quedado agotada por los arquitectos del pasado para todas las exigencias de la Iglesia y de la devoción de los fieles; la fórmula arquitectónica del templo católico existe, está vigente, funciona; las nuevas iglesias pueden renovarla a través de las manifestaciones del pasado (estilos antiguos), puesto que nosotros no tenemos nada propio, nuestro y distinto de los demás, para poderlo expresar y llevar a cabo en este campo y en este tiempo; el tema sagrado es hoy extraño a la inventiva del arquitecto, la Casa de Dios está hoy ya construida; el arquitecto no puede realizar en ella sino variaciones exteriores según su gusto. Me di cuenta entonces, y todavía me doy cuenta, y pienso—y quiero, en fin, decir—, que una inspiración perenne y contraria, nueva y diferente, ha obligado a los hombres de todos los tiempos a la necesidad de llevar alguna de "sus" expresiones de artistas y de creyentes a la Casa de Dios, y, por tanto, puede obligarles también en este tiempo nuestro.

Me di cuenta de que no se trata, no, de hacer solamente adherir el edificio de la Iglesia al estilo "de la época, ¡el arte!, sino que se trata, por el contrario, de hacer adherir el edificio eclesiástico a aquella "expresión de la Fe", que cada época acentúa. Si la Fe no se ha agotado, el tema tampoco se ha agotado, y nosotros podemos, por consiguiente, decir todavía hoy con el Evangelista San Juan: *El cielo de tu casa me consume*.

Por consiguiente, esta inspiración para una iglesia y esta necesidad de expresión, no pueden tener un origen extraño a la Fe, ni pueden tampoco ser consideradas fuera del ámbito de la Fe. La misión de la Iglesia es perenne, y toda época recibe de ella un consuelo particular, y así lo invoca la nuestra y así debe recibir un consuelo "suyo". La inspiración en el arquitecto de una iglesia, esto es, del arquitecto de la Iglesia, debe nacer del hecho de participar en la invocación de este consuelo; debe expresar, haciendo arquitectura, lo que los creyentes piden, y secundar lo que la Iglesia da.

Ahora bien: ¿cuál es el consuelo que nuestra época solicita de la Iglesia y que recibe de Ella en sumo grado? Es el consuelo a nuestra soledad moral y espiritual.

En nuestra época todo está cada vez más fatalmente mecanizado en la vida, todo se va igualando cada vez más en las costumbres, y todo está cada día más minuciosamente organizado y clasificado; no existimos ante las instituciones humanas sino como números y



categorías; para las organizaciones, las administraciones, las inscripciones, el trabajo, los cuidados sociales, los viajes, las escuelas y los ejércitos, somos números, simplemente números, igualdades. A la "diversidad", esto es, a la individualidad del temperamento de cada uno, y a la suerte individual, es decir, a nuestra suerte de criaturas, cada vez se nos concede menos en lo referente a los fenómenos de la vida social, en la exteriorización y expresión de la persona, en la vida y en el gusto o afecto; todo cuanto sobrevive de esa individualidad, vive siempre cada vez más sólo en nuestra conciencia; y únicamente en ella influyen las tradiciones, el temperamento, la herencia, el bien y el mal, y el juicio verdadero del bien o del mal, y ésta es la libertad. La individualidad se hace cada vez más secreta e íntima, nadie la ve ni la alcanza, nadie la libera ni libera a sus tesoros. Las formas organizadoras de la vida moderna la van reprimiendo y deformando cada día más, y la economía moderna la ignora, cuando no la sacrifica en el uso colectivo de las masas. Dentro de sus ordenaciones colectivas la sociedad de hoy, la Organización, embota la intervención moral, la responsabilidad moral del individuo, le quita el sentido de la existencia, el gesto moral independiente y autónomo: el acto libre de conciencia.

La religión, acto personal de Fe, se transporta entonces a un lugar más íntimo, secreto, más alto y a la vez profundo, más separado y más necesitado. Nosotros damos a César lo que es del César, y le damos siempre cada vez más; y César, esto es, la Organización, nos corresponde recíprocamente y nos beneficia—pero obligándonos—con leyes, reglas, seguros, tribunales, órdenes, horarios, asistencias, asilos, seguridad, higiene, servicios, alimentos, trabajo, ocupaciones, carreras, pensiones, y dentro del trabajo, con salario, protección, auxilio de las máquinas, etc. Sin embargo, estos beneficios son extraños a nuestro íntimo mundo moral. En los dramas de nuestra conciencia no interviene la Organización, su valoración es solamente numérica y de clasificación, por rendimiento. Además, la sociedad actual, la civilización moderna, la Organización colectiva, la cual es hoy característica de toda forma de Gobierno, se ocupa de nosotros socialmente, con su fatal procedimiento colectivo, ignorándonos tanto más espiritualmente y aislándonos como individuos.

¿Hemos cometido una culpa? ¿Tenemos horror de nosotros mismos? ¿Yacemos en el desconsuelo? ¿Pesa sobre nuestro corazón una angustia? ¿Estamos desanimados por un gran cansancio? Pues bien: en estos casos no existe una oficina dentro de la Colectividad a la cual podamos recurrir, un edificio suyo donde podamos refugiarnos, un empleado suyo al que podamos comunicar nuestras confidencias. Y no se trata de lanzar una acusación o de recriminar algo deplorable, puesto que las instituciones humanas dentro de la sociedad no pueden ser de otra manera; es únicamente la comprobación de dos mundos fatalmente diferentes, cada día más distintos, el de la Colectividad y el del Hombre.

Por medio del Registro civil, cuando nacemos somos un número de estadística, un número más, somos una expresión y un producto de la raza y otro tanto somos en toda asistencia materna e infantil, lo mismo en el ramo de la enseñanza que en los deportes. La boda es un registro; en los tribunales, en los hospitales y en las clínicas somos también un número o cuando más un caso; en la administración, en el trabajo, en la organización, somos un número; en la muerte, lo somos también, por el acta de defunción, sólo un número, pero de menos; la Organización actúa para con nosotros únicamente por estadística; en la masa de los hombres el que nace es uno de más, y el que muere uno de menos; por medio de la Organización existe la categoría de los enfermos, mas no existe el que sufre "su" sufrimiento; el individuo no existe, es absorbido por la masa, y en la solidaridad total de la Organización se extingue también la expresión, la necesidad de la caridad humana.

En esta suma innumerable de hombres, todos organizados, no se ha encontrado jamás el hombre tan desesperado en su soledad. ¿Quién asiste al hombre que se halla solo? ¿Quién está junto a su corazón? ¿Quién manifiesta para con él esta suprema caridad?



Hoy día solamente por medio de la Iglesia es como podemos decir que el Individuo existe, que existe el hombre solo. Ella es quien le honra cuando nace con el Bautismo, Ella quien lo elige con los Sacramentos, Ella sola quien le solemniza en el Matrimonio, Ella sola quien le escucha en la confesión—supremo acto individual—, y Ella sola quien le honra, en fin, en la hora de la muerte. Es Ella sola quien nunca le rechaza, quien lo acoge todo entero, como es, sin clasificarlo, en la dicha como en la desgracia, sabio o ignorante, fuerte o débil, pobre o rico, feliz o desgraciado, bueno o malo. Ella siempre lo acoge con Su misericordia y la paciencia de sus Ministros; Ella lo valora siempre como hombre, jamás como instrumento, y está más cerca de él en su decadencia: ¡aquí es donde está la Caridad!

Ahora bien: por esta unión de la Iglesia con el hombre solo es por lo que el arquitecto de nuestros tiempos debe sentir imperiosa como nunca la inspiración según la cual, con las ideas de hoy, debe aplicar su arquitectura en la Casa del Señor.

Ellos, los arquitectos de hoy día, que por medio del Estado y de la sociedad, construyen los edificios de las organizaciones de la masa, deben construir los edificios de las iglesias para el hombre solo. Si el Ministro de Dios, con sus palabras y sus actos, es límite entre Dios y el hombre, solamente el arquitecto participa en crear el ambiente para esta hospitalidad del alma sola en la Casa de Dios, por medio de una expresión arquitectónica en la que me parece sentir la exigencia de una gran pureza, por medio de una medida arquitectónica adecuada espiritualmente al hombre, y sin impedimentos decorativos que puedan impedir el encuentro entre el hombre y Dios.

Dése, pues, un realce lo más grande posible y de pureza a la fuente bautismal, y al confesonario una invitación la mayor posible de sinceridad: y que reine sobre todas las cosas la Cruz verdadera de Jesús, el Hombre que en la tierra sufrió en la Cruz.

Se ha preguntado, en forma de duda, si acaso podemos nosotros aplicar nuestra arquitectura a las iglesias; a esta pregunta podemos muy bien responder que con más razón que nunca en nuestros tiempos y en los tiempos que vendrán el arquitecto se puede aprestar con un conocimiento más claro de la angustia humana y con una esperanza y una fe más iluminadas, a consagrar su arquitectura a una iglesia, y a enterarse de las necesidades que con su arte debe remediar. Cuando visitamos las grandes y antiguas Casas de Dios las sentimos con su resplandor y su arte elevar un canto (un coro) solemne (y humano) a la gloria de Dios; la devoción larga y prolongada las ha hecho tan espléndidas como majestuosas; y repletas de tradición, de historia y de incienso, poseen a través de las edades y han conservado hasta hoy arcas gloriosas de plegarias. En ellas el pueblo se reúne en las solemnes funciones públicas.

Pero en las horas oscuras de nuestra conciencia y de nuestra vida vamos a buscar una iglesia nuestra, tal vez pequeña, desprovista de oro, adornada con pocas, pero sugestivas imágenes figurativas esculpidas por artistas del alma adoradora y devota. Y es que tenemos necesidad de una iglesia en donde el coloquio con Jesús nos parezca más directo, en donde no se entremetan entre El y nosotros ni siquiera la Gloria y la Historia, ni siquiera el Arte, donde no exista el mundo, ni el pasado ni el presente, donde estemos nosotros, uno por uno, delante de El, mejor diré, con El, y aún me atreveré a decir que ni siquiera estemos arrodillados con el ademán propio de la devoción, sino así como estamos, en pie, con el alma desnuda, con nuestras penas. Y sentirnos seguros, protegidos, aislados en el silencio de los pequeños muros, y reconocidos. ¿Quién es el que no ha vivido este episodio en alguna pequeña y oscura iglesia?



Ahora bien: por medio de este episodio íntimo y supremo es como debemos hoy aplicar la arquitectura a nuestras iglesias; ésta debe ser nuestra inspiración. De este modo la arquitectura se adherirá a la Fe, en nuestros tiempos, y levantaremos las iglesias, nosotros, que somos hijos de Dios como Jesús; nosotros, que nos hallamos perdidos en el número, cada cual con su cruz carente de gloria, en medio de la muchedumbre; y nuestras voces claman en vano en medio de la multitud.

Mas Jesús, muerto en la Cruz, e Hijo de Dios condenado al suplicio, está *siempre* presente en cada uno de nosotros, aun en el más insignificante resquicio todavía vivo de nuestra conciencia; está presente en nuestros padecimientos, en nuestras desesperaciones, en el desconuelo de nuestra alma, en nuestro desolado aislamiento entre la multitud. El está en nuestra conciencia y entonces es cuando tenemos necesidad, para que ésta hable, de una Casa de Dios que sea nuestra, y ésta deberá ser de tal manera que nos manifieste más fácilmente a Jesús, que nos lo manifieste súbitamente, porque es urgente recurrir siempre a El.

Jesús está siempre en nosotros, es verdad, y en nosotros está su primera Casa, y en torno a nosotros, en la belleza y en la inocencia de la Naturaleza, está la voz de Dios; pero para nuestra alma, para las tristezas de nuestra soledad, para el hombre solo, debe existir también un lugar propicio, un refugio siempre dispuesto y abierto, un asilo siempre confortable, un puerto siempre seguro y protector a donde recurrir, en donde anclar. Y ¿no es ésta la inspiración de nuestro tiempo, mejor diré, la necesidad de nuestros días, la invocación de hoy para tratar de aplicar la arquitectura en una iglesia?

Dijo Jesús que aunque hubiese un solo pecador que redimir, y todos los demás fuesen salvos, era todavía necesario Su sacrificio, incluso para uno solo.

Este gesto supremo y sublime ilumina con un poderoso consuelo nuestras almas de hombres modernos. Así, pues, ¿también solo para cada uno de nosotros, oh Jesús? Gracia inmensa de la redención, que quiere decir que en un hombre se salva al Hombre, esto es, a los hombres.

He aquí, pues, la Casa de Dios hecha para acoger, en esta época del número, al "hombre solo", para honrarlo, para socorrerlo, para mostrarle la suprema misericordia. De este modo, pienso yo, nuestro tiempo construirá sus iglesias; en virtud de este carácter funcional y religioso será definida la expresión de su arquitectura, la cual, obediente asimismo a la liturgia, aquélla resultará diferente y nueva, testimonio al mismo tiempo de "nuestra" Fe. Pedro Bargellini, en aquel admirable libro titulado *Rostros de piedra*, escribe que el templo griego "ha sido la invitación más perfecta que han dirigido sobre la tierra los hombres a los dioses". Toca a nosotros hoy preparar en el templo cristiano la invitación más perfecta dirigida sobre la tierra por Dios al hombre solo.

Maravillosa suerte la de los arquitectos concedida por Dios: construir Su Casa y construir para los hombres, bajo Su inspiración, la casa de éstos, el templo de la familia; y construir las obras de justicia y de asistencia para los hombres, y la maternidad para que todos estén asistidos en el nacimiento, y los recién nacidos sean honrados; y construir asilos y colonias para que la infancia de todos esté asistida, y escuelas, Institutos y bibliotecas para que todos obtengan una educación en la cultura; y construir los hospitales y los hospicios para que todos puedan ser asistidos y confortados en las enfermedades y en la ancianidad; y también teatros y estadios, a fin de dar al espíritu y al cuerpo humano vigor, salud y regocijo en el deleite del juego, y construir las hermosas fábricas y disponer oficinas honrosas para que en el trabajo sea siempre el hombre honrado.

Y construir, en fin, en la cumbre de esta escala de obras y de edificios, la iglesia, donde la Humanidad innumerable conduce al individuo a Jesús; y el individuo, el hombre solo, es reconocido, y le habla "de tú por tú".